

Movimientos sociales: una revisión teórica y nuevas aproximaciones

Beatriz Santamarina Campos

Departamento de Sociología y Antropología Social, Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Valencia

Dirección electrónica: Beatriz.Santamarina@uv.es

Santamarina Campos, Beatriz. 2008. "Movimientos sociales: una revisión teórica y nuevas aproximaciones". En *Boletín de Antropología* Universidad de Antioquia, Vol. 22, N.º 39, pp. 112-131.
Texto recibido: 11/02/2008; aprobación final: 16/06/2008.

Resumen. En este artículo realizamos una aproximación a diferentes paradigmas que se han ocupado del análisis de los movimientos sociales. Diferenciamos, grosso modo, cuatro etapas: en la primera, los estudios sobre los movimientos sociales se identifican, fundamentalmente, con el movimiento obrero. La segunda etapa se inicia con las revueltas de 1968, y en ella se diferencian las contribuciones teóricas norteamericanas representadas por la teoría de la movilización de los recursos, y las europeas definidas por el llamado *paradigma de los nuevos movimientos sociales*. Situamos la tercera etapa a finales de los ochenta, y la caracterizamos por el acercamiento entre las interpretaciones de los dos continentes, que coincide con el aumento y diversidad de movimientos sociales y que posibilita el desarrollo de nuevas metodologías (procesos de enmarcamiento, estructura de oportunidad política y redes). La última etapa corresponde a las contribuciones formuladas en los últimos años en el contexto de la globalización y del debate sobre la institucionalización y normalización tanto de los movimientos como de la teoría.

Palabras clave: movimientos sociales, paradigmas, globalización.

Social movements: a theoretical review and new approximations

Abstract. In this article we carry out a limited approach to the different paradigms that have been applied to the analysis of social movements. We establish a rough difference between four different stages. In the first stage, study of social movements was identified, basically, with the Workers' Movement. The second stage begins with the 1968 demonstrations; in this stage we can clearly distinguish between the theoretical contribution of American researchers, represented by the theory of mobilisation of resources, and that of the Europeans, who were defined by the paradigm of the New Social Move-

ments. The third stage begins at the end of the 1980s and its main characteristic is the narrowing gap between the interpretations on either side of the Atlantic, which comes at a time when social movements are growing in number and diversity, and favours the development of new methodologies (processes of frameworks, structure of political opportunity and networks). The final stage takes in the contributions formulated in recent years, and that occur in the context of globalisation, and the debate surrounding the institutionalisation and the normalisation not only of movements but also of theory.

Keywords: social movements, paradigms, globalisation.

Introducción

Hacer una aproximación a los diferentes paradigmas que se han ocupado del siempre problemático campo de análisis de los movimientos sociales¹ supone asumir, de entrada, ciertas dificultades. Numerosos autores han coincidido en señalar que existen dos problemas básicos a la hora de abordar el tema de la acción colectiva: en primer lugar su complejidad, derivada en gran medida de su enorme heterogeneidad puesto que, en la categoría de *movimientos sociales*, podemos encontrar movimientos muy dispares: “movimientos pacifistas, estudiantiles, en protesta contra la energía nuclear, en defensa de las minorías nacionalistas, de los derechos de la mujer, de los homosexuales, de los animales, movimientos religiosos y por una medicina alternativa, movimientos de la Nueva Era y ecologistas son solo una muestra” (Laraña y Gusfield, 1994: 3). En segundo lugar, debe tenerse en cuenta el desacuerdo existente sobre el significado del concepto, el carácter polisémico del término (Laraña, 1999), ya que las dificultades para su acotación “derivan tanto de la diversidad de objetivos de tales movimientos como de la misma dificultad para establecer las fronteras entre ellos y otras formas de acción política” (Pérez Ledesma, 1994: 58). A estos *handicaps* habría que añadir la pluralidad teórica que los acompaña; en este sentido, Melucci (1982 y 1994) ha realizado una interesante revisión sobre el significado del concepto de *movimiento social*, apuntando que su concepción está unida a una visión historicista, lineal y objetivista de la acción social.

Por tanto, podemos decir que no existe unanimidad ni en la percepción, ni en los contenidos, ni en las perspectivas, ni en los significados que implica el escurridizo término de *movimiento social*. Pero quizá la mejor estrategia posible, a la hora de abordar la ardua tarea de delimitarlo, sea apuntar criterios amplios para luego ir adaptándolos a la variedad de movimientos y perspectivas. Así, Castells considera a los movimientos “como las acciones colectivas conscientes cuyo impacto, tanto en caso de victoria como de derrota, transforma los valores y las instituciones de la sociedad” (1998: 25), e Ibarra y Tejerina apuntan que “un movimiento social es

1 La bibliografía sobre los movimientos sociales es muy amplia. Para tener una visión general véanse Touraine (1969 y 1974), Melucci (1982 y 1994), Offe (1992), Dalton y Kuechler (1992), Laraña y Gusfield (1994), Riechmann y Fernández Buey (1994), Revilla (1994a y 1994b), Foweraker (1995), McAdam, McCarthy y Zald (1996 a y b), Castells (1998), Ibarra y Tejerina (1998) y Laraña (1999).

un sistema de narraciones, al mismo tiempo que un sistema de registros culturales, explicaciones y prescripciones de cómo determinados conflictos son expresados socialmente y de cómo y a través de qué medios la sociedad ha de ser reformada” (1998: 12). El problema de estas definiciones, como la mayoría de definiciones abiertas, es que no nos ayudan mucho como herramientas analíticas. De todas formas, una buena aproximación es la reformulación de la propuesta de Melucci que hace Laraña situándose desde una perspectiva de la reflexividad:

El movimiento social se refiere a una forma de acción colectiva 1) que apela a la solidaridad para promover o impedir cambios sociales; 2) cuya existencia es en sí misma una forma de percibir la realidad, ya que vuelve controvertido un aspecto de ésta que antes era aceptado como normativo; 3) que implica una ruptura de los límites del sistema normativo y relaciones sociales en el que se desarrolla su acción; 4) que tiene capacidad para producir nuevas normas y legitimaciones en la sociedad (1999: 127).

Por último cabe decir que, aun con todas estas divergencias, en una cosa sí parece existir cierta unanimidad: en el reconocimiento del papel que estos movimientos pueden tener como transformadores de la realidad social, aunque a veces este papel haya sido sobrevalorado. Así, parece haber consenso a la hora de señalar que los movimientos sociales suponen tanto un fortalecimiento del espacio público como una revitalización de la sociedad civil (Tejerina, 1998: 18).

Etapas del desarrollo teórico de los movimientos

De cualquier forma, si tuviéramos que trazar un pequeño esbozo sobre el desarrollo del pensamiento acerca de los movimientos sociales señalaríamos, grosso modo, cuatro etapas diferenciadas. En la primera, los estudios sobre los movimientos sociales se identifican, fundamentalmente, con el movimiento obrero (Mees, 1998: 229). El enfoque del comportamiento colectivo y, más tarde, los modelos de privación relativa, son los paradigmas más representativos de esta época, marcada por las serias limitaciones teóricas de ambas explicaciones. La segunda etapa, consideramos, se inicia con las revueltas de 1968; en ella se diferencian claramente las contribuciones de los norteamericanos, representadas por la teoría de la movilización de los recursos y de los europeos —definidas por el llamado paradigma de los nuevos movimientos sociales—. La tercera etapa la situamos a finales de los ochenta, y la caracterizamos por el acercamiento entre las interpretaciones de los dos continentes, que coincide con el aumento y la diversidad de movimientos sociales y que posibilita el desarrollo de nuevas metodologías (procesos de enmarcamiento, estructura de oportunidad política y redes). La última etapa se correspondería con las contribuciones formuladas en los últimos años, y que están marcadas por el nuevo contexto de la globalización y por el debate sobre la institucionalización y normalización tanto de los movimientos como de la teoría.

La dificultad de las ciencias sociales para analizar los movimientos sociales aparecidos entre los años sesenta y setenta fue originada, en gran parte, por las tradiciones teóricas imperantes hasta la primera de esas décadas. Los paradigmas clásicos se mostraban insuficientes y no respondían ni a los nuevos agentes ni al nuevo contexto histórico. Algunos autores han señalado que, a partir de la Primera Guerra Mundial, ya habían aparecido otras formas de protesta política y social que obligaban a ampliar la definición tradicional de movimiento (Pérez Ledesma, 1994; Mees, 1998). Además, muchos investigadores participaron en dichos movimientos, lo que produjo un cambio de actitud y una valoración más positiva de la acción colectiva (Pérez Ledesma, 1994: 63), así como un rechazo de las interpretaciones anteriores, y entre otras cosas porque calificaban a los participantes en los movimientos como irracionales y desviados (Tejerina, 1998). Cabe señalar que la investigación de los movimientos sociales se desarrolló sobre el momento de la industrialización y construcción nacional del siglo XIX, y fue ese el contexto sociocultural que proporcionó el análisis de los conflictos sociales, en el cual comenzaron a distinguirse las tradiciones europeas y americanas. En palabras de Foweraker, “la nueva teoría de movimiento social nació del desencanto que provocó la versión altamente académica y estructural del Marxismo; y la teoría de la movilización de recursos rechazó claramente el reduccionismo psicológico de teorías anteriores sobre la acción colectiva en los Estados Unidos. Además, ambos conjuntos teóricos surgieron como respuesta a un aumento de actividad de movimiento social en los años 60” (1995: 9; la traducción es nuestra). La tradición europea, a raíz del mayor peso del pensamiento marxista, hizo hincapié en aspectos estructurales de las clases sociales, mientras que la americana enfatizó en cómo se reproducían, movilizaban y organizaban los movimientos sociales siguiendo la teoría del comportamiento colectivo (Laraña y Gusfield, 1994).

Dos tradiciones, dos enfoques: movilización de los recursos e identidad colectiva

La división teórica señalada quedaría más marcada después de los acontecimientos acaecidos durante las décadas de los sesenta y setenta. Así, mientras que los norteamericanos se esforzaban en el análisis de la instrumentalidad de la acción social, los europeos volcaban su atención en los procesos de comunicación y en la formación de identidad (Foweraker, 1995). Tal y como ha señalado Klandermans, pese a que los movimientos estudiados en un lado y otro del Atlántico eran muy similares, los derroteros teóricos diferían, ya que al tiempo que [...] en Estados Unidos la teoría de la movilización de los recursos desplazaba su atención de la privación de recursos a la disponibilidad de los mismos para explicar el origen de los movimientos, en Europa apareció el “enfoque de los nuevos movimientos sociales”, que se centraba en el desarrollo de nuevos potenciales de protesta como fruto de las nuevas reivindicaciones generadas en el seno de sociedades altamente industrializadas (Klandermans, 1994: 183).

Además, Riechmann y Fernández Buey (1994), siguiendo a Cohen, han indicado que no es que los europeos y los norteamericanos tuvieran planteamientos encontrados

sino que, más bien, cada uno puso su atención en factores diferentes. Así, mientras los norteamericanos se esforzaban en el análisis de la instrumentalidad de la acción social, los europeos volcaban su atención en los procesos de comunicación y en la formación de identidad.

El enfoque americano se ha caracterizado por su visión pragmática. En principio, la teoría de la movilización de los recursos establecía dos claras premisas: “1) las actividades que realizan los movimientos sociales no son espontáneas ni desorganizadas y 2) los que participan en ellos no son personas irracionales” (Ferree, 1994: 151). Su análisis partía de las organizaciones y no de los individuos, de acuerdo como lo aclara Jenkins (1994: 9): “tradicionalmente, la teoría de la movilización de los recursos ha sido planteada a partir de actores colectivos que luchan por el poder en un determinado contexto institucional”. El interés se centraba en el estudio de las organizaciones, en los recursos disponibles y en los factores que hacían posible el mantenimiento de la estructura organizativa. Para este modelo, la organización de los movimientos sociales no estaba aislada de las organizaciones e instituciones políticas. Los movimientos sociales surgirían con una clara vocación política, en favor de sus intereses y demandas, y no con una vocación opositora a los partidos. Además, los individuos elegirían participar en un movimiento social por razones prácticas. De ahí que se considere que “las acciones racionales se orientan hacia objetivos fijos, claramente definidos a través de un control centralizado por parte de la organización, y que pueden ser evaluados en términos de logros tangibles” (Ibíd.). Por lo demás, este enfoque no concedió demasiado interés a las causas de aparición de los movimientos, porque partió del hecho de que las sociedades modernas generaban tensiones y conflictos colectivos, lo que llevaría a los afectados a organizarse.² Las críticas al mismo han sido formuladas por su excesiva atención a la organización, que se ha traducido en una orientación excesivamente racionalista y en el descuido en aspectos tan importantes como los de la identidad y la ideología. Como ha apuntado McAdam, “el predominio de los enfoques de la movilización de los recursos y del proceso político en Estados Unidos ha privilegiado los aspectos políticos, organizativos y estructurales de los movimientos sociales, y no ha prestado mucha atención a sus dimensiones culturales o cognitivas” (1994: 43). Por otro lado, Riechmann y Fernández Buey han subrayado que “la perspectiva organizacional del enfoque de movilización de los recursos tiende a identificar movimientos con organizaciones (por el contrario, un movimiento es siempre más que las organizaciones que engloba) lo cual puede ocasionar distorsiones teóricas considerables” (1994:25).

2 Para una síntesis de los principales rasgos de la teoría de la movilización de los recursos, véase Jenkins (1994). Por otra parte, se debe tener en cuenta que, aunque hemos sintetizado este paradigma, no existe unanimidad al respecto. Así, se pueden diferenciar distintas corrientes en función de los recursos que los autores consideren más importantes. De igual modo, cuando hablemos del modelo de los nuevos movimientos sociales simplificaremos sus postulados aunque reconozcamos, asimismo, que existe heterogeneidad entre sus planteamientos.

Por su parte, en Europa, el peso de la tradición marxista no favoreció enfoques basados en la relación costo/beneficio (Revilla, 1994b). En líneas generales, los estudios europeos han puesto mayor énfasis en aspectos culturales, y han sido caracterizados como la teoría de la construcción de la identidad colectiva, o como el paradigma de los nuevos movimientos sociales. Para este enfoque, los nuevos modelos de acción colectiva están profundamente relacionados con formas de la identidad colectiva e individual y con objetivos centrados en el desarrollo personal y en el cambio de las formas de interacción. La identidad colectiva explicaría la capacidad para aglutinar orientaciones, actores y procesos sociales. Estos aspectos son para los participantes tan importantes como los políticos, lo que viene a diferenciarlos de los movimientos sociales anteriores, sin que ello signifique que no guarden relación con sus antecedentes históricos. Aunque, tal y como señala Klandermans de forma acertada, “el uso mismo del adjetivo ‘nuevo’ sugiere discontinuidad” (1992:176). Entre las diferencias que destacan los teóricos de los nuevos movimientos sociales, con respecto a las formas de acción colectiva precedentes, podemos destacar los siguientes rasgos distintivos: no hay una clara relación entre los roles estructurales de los participantes; existe una pluralidad de ideas y valores; las demandas suelen ser de carácter cultural y simbólico, relacionadas con cuestiones de identidad; hay una relación difusa entre lo individual y lo grupal; se implican aspectos personales y de la vida cotidiana,³ y las tácticas empleadas para las movilizaciones se caracterizan por la no violencia y por la desobediencia del poder civil. Además, en algunos casos, los nuevos movimientos sociales son valorados como una forma de respuesta a la crisis de confianza que hay en las vías tradicionales de participación pública de las democracias occidentales. Sus propuestas alternativas se concretarían en una organización, que suele ser difusa y descentralizada, frente a la estructura de cuadros y la burocracia centralizada (Touraine, 1974; Melucci, 1982 y 1994; Offe, 1992; Laraña y Gusfield, 1994). Al mismo tiempo, los teóricos europeos consideraban que las transformaciones ocurridas en las sociedades occidentales habían sido claves para el nacimiento de una acción colectiva cualitativamente diferente de la anterior. Los cambios en las sociedades occidentales capitalistas fueron descritos de diferentes formas y la nueva fase fue denominada, bajo diversos calificativos, como *posindustrial*, *posmoderna* o *posmaterialista*. Pero todos los teóricos de la identidad coincidían en señalar la estrecha relación entre esas transformaciones y las nuevas formas de acción colectiva. Para ellos, los movimientos sociales serían expresión del malestar cultural que ha traído consigo la modernidad. La lógica de la producción y de la burocratización, características del proceso de modernización, habrían conducido a una desestructuración sociocultural.

Pero los mayores debates generados por los teóricos de la identidad han sido provocados por la calificación de *novedad* asignada a los movimientos sociales, discu-

3 La famosa frase lanzada por el feminismo italiano, “lo personal es político”, ejemplifica muy bien la mezcla de ambos espacios.

tida ampliamente y leída como claro elemento de discontinuidad. Una de las críticas más señaladas es que siempre podemos encontrar en los movimientos anteriores los antecedentes inmediatos a lo que se considera esencialmente como una novedad: “[si bien] es innegable que estos movimientos ampliaron y modificaron dramáticamente las tradiciones activistas existentes, también parece claro que estaban basados en las mismas tradiciones que posteriormente llegaron a superar” (McAdam, 1994: 52). Del mismo modo, Mees ha subrayado la “artificial y ahistórica diferenciación tipológica entre nuevo y viejo movimiento social” (1998: 315), cuestionando su validez analítica y llegando a la conclusión de que en realidad lo que tenemos es “vino viejo en odres nuevos”. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, la consideración de ruptura y la polémica sobre la definición de lo “nuevo”, que tantos artículos ha producido, es interesante solo en la medida en que ha acercado las dos tradiciones teóricas y ha posibilitado nuevas interpretaciones conjuntas de los movimientos, y, en este sentido, compartimos con Mees la idea de que “todos los movimientos sociales en su tiempo son nuevos y viejos a la vez” (1998: 317). En cualquier caso, tanto la aproximación norteamericana como la europea han presentado fisuras en su conceptualización: para Klandermans (1994), la perspectiva de la teoría de la movilización de los recursos ha pecado al obviar los factores estructurales de los movimientos, centrándose en los recursos y aspectos organizativos. Mientras tanto, la perspectiva de los nuevos movimientos sociales ha patinado a la inversa, ha atendido demasiado a las causas estructurales y ha olvidado los recursos y la organización: “al insistir en los motivos por los que se movilizan determinados actores/agentes sociales, la teoría no tiene en cuenta otra cuestión igualmente importante respecto a cómo éstos se movilizan” (Foweraker, 1995: 15; la traducción es nuestra).

Nuevas corrientes: análisis de marcos, estructura de oportunidad política (EOP) y redes

A partir de finales de los ochenta surgió una corriente analítica formada por estudiosos de ambos continentes que pretendía integrar los dos modelos interpretativos subsanando las carencias señaladas. Este acercamiento “ha llevado a que cada uno tome en cuenta las perspectivas del otro y se encamine hacia la confluencia teórica” (Rivas, 1998: 205). Además, es precisamente en ese periodo cuando aparecen con fuerza nuevos y numerosos movimientos que desafiaron a los teóricos de la acción colectiva. Algunos autores señalan que los procesos de descrédito por los que pasaron los partidos políticos europeos, en esos años, incidieron en la aparición de nuevas formas de movilización (Laraña y Gusfield, 1994). No es de extrañar, entonces, que aparezcan nuevas valoraciones sobre el papel social de los movimientos, a los que se destaca, muchas veces, como los posibles interlocutores alternativos a los partidos políticos. Los movimientos sociales se constituirían así en los auténticos canalizadores de la participación colectiva, y hasta tal punto que algún autor señaló que “ahora que los partidos están en crisis, será la propia gente la que tenga que tomar en sus manos la responsabilidad de su futuro

colectivo. Los movimientos, en tanto que formaciones portadoras de una concepción social de las cosas y como espacios de entrenamiento para la lucha política, parecen destinados a ser los instrumentos de esa responsabilidad” (Flacks, 1994: 466).

El importante crecimiento de los movimientos sociales, junto con su diversidad y heterogeneidad, obligó a redefinir, de nuevo, los movimientos sociales, forzando a buscar nuevas herramientas, conceptuales y metodológicas, para su interpretación. Asimismo, la aproximación de las perspectivas favoreció la aparición de nuevos focos de atención y, sobre todo, el desarrollo de la metodología del análisis de los marcos o procesos de enmarcamiento⁴ (*frame, framing process*), de las variables de la estructura de oportunidad política (EOP) (*political opportunity*)⁵ y de redes (*network*). El modelo de los marcos de referencia ha querido completar y relacionar los procesos de la creación de marcos con los procesos de construcción de identidad, aunque en la mayoría de las ocasiones ambos procesos se tratan como si fueran independientes. El análisis de los marcos se ha centrado en los factores culturales e ideológicos de los movimientos. La cultura, como factor explicativo, toma un papel relevante y se reconoce que los movimientos “tienden a convertirse en mundos en sí mismos, caracterizados por sus propias ideologías, identidades colectivas, rutinas de comportamiento y culturas materiales” (McAdam, 1994: 54). El interés gira en torno a los significados e interpretaciones que los colectivos comparten, y “en los procesos de creación de marcos de referencia que afectan al esquema interpretativo construido por los seguidores de esos movimientos” (Hunt, Benford y Snow, 1994: 221). El análisis de los marcos busca sacar a la luz los aspectos cognitivos de la acción colectiva, con el objeto de interpretar cómo los miembros que participan en los movimientos construyen sus mundos sociales y dan sentido a los mismos (Hunt, Benford y Show, 1994).⁶

La perspectiva de EOP ha intentado establecer qué variables del sistema sociopolítico inciden en la acción colectiva, pero sin que ello suponga desestimar la capacidad de los movimientos para movilizar recursos. La EOP se ha esforzado en determinar qué características del sistema político son las que permiten o dificultan la presencia o el desarrollo de los movimientos sociales. La idea central es que la acción social surge como respuesta a las “oportunidades políticas” de las que se pueden aprovechar los

4 Rivas (1998) y McAdam (1994) realizan una aproximación histórica y conceptual del término. La aproximación de Rivas es más completa, y además ofrece un recorrido del concepto por las diferentes disciplinas.

5 En McAdam, McCarthy y Zald (1996a) se puede encontrar una revisión y una crítica del enfoque de EOP.

6 Para conocer algún estudio desde esta perspectiva se puede acudir al estudio de Eyerman (1998) sobre la práctica cultural; a los trabajos de McAdam, McCarthy, y Zald (1996b) sobre las relaciones entre el mundo político, los medios de comunicación y las estrategias de significado; o a la investigación realizada en los Países Bajos por Klandermans y Goslinga (1996) sobre los marcos de acción colectiva creados por los miembros de los sindicatos y los medios de comunicación, a raíz del problema del aumento de bajas laborales por incapacidad.

grupos sociales para comenzar un movimiento; es decir, lo que interesa son los recursos externos con los que se cuenta. De ahí, el interés de estudiar el contexto político de las movilizaciones. Las investigaciones se centran en las causas sociopolíticas que favorecen la aparición de acciones colectivas,⁷ mientras que en los análisis de redes se ha buscado ver cuáles son las formas de organización —tanto formales como informales— que los activistas utilizan, es decir, los grupos, organizaciones y redes que comprenden los movimientos, que son abordados como un conjunto de organizaciones y colectivos. La dimensión reticular permite observar cómo las redes interpersonales funcionan como canales de transformaciones culturales y políticas (McAdam, McCarthy y Zald, 1996b).⁸ En suma, las investigaciones de las dos últimas décadas se han volcado “en el conocimiento de los procesos de extensión de las diversas formas de acción colectiva, así como en las condiciones políticas que la impulsan o retrasan” (Tejerina, 1998: 133), y durante este periodo hemos asistido a importantes contribuciones que han girado en torno a la identidad (colectiva, individual y pública), la organización, el papel de la ideología, la función política, la capacidad de resistencia y la motivación para la participación.

Nuevas perspectivas

En los últimos años se ha vuelto a producir un giro importante en el campo de la acción colectiva. Recientemente se ha realizado una valoración y crítica a las formulaciones anteriores, replanteando el problema del análisis de los movimientos sociales. Esta revisión se ha enriquecido, por un lado, del impulso sobre los estudios de movimientos sociales en Latinoamérica, que han replanteado los enfoques producidos en Europa y en Estados Unidos; por otro, las aportaciones de los antropólogos al estudio de los movimientos sociales, aunque tardías por la propia representación de la disciplina (Edelman, 2001), también han ayudado, en cierto sentido, a reformular las concepciones teóricas imperantes. Las críticas de los teóricos latinoamericanos y de los antropólogos convergen con los planteamientos de Melucci, y los movimientos sociales han dejado de ser vistos como entidades uniformes, admitiéndose ahora sus conflictos internos, sus ambigüedades y sus limitaciones. Su enorme heterogeneidad plantea serias dudas sobre la viabilidad de aceptar rasgos comunes para todos ellos y sobre las funciones tradicionales asignadas

7 Un ejemplo de la aplicación de EOP se puede ver en el análisis que efectúa Tarrow (1992) sobre las relaciones entre los partidos y movimientos sociales en Italia durante el periodo de revueltas comprendido entre los años 1965 y 1975; o en el trabajo comparativo de la evolución histórica de los estilos de protesta política en Italia y la República Federal Alemana después de la Segunda Guerra Mundial, efectuado por Della Porta (1996).

8 Un interesante análisis sobre redes se puede encontrar en el trabajo de Della Porta (1998) sobre las motivaciones individuales y las redes sociales en los movimientos clandestinos. La autora examina, entre otros factores, la radicalización de las estrategias de acción, la importancia y la intensidad de los lazos de amistad y las redes sociales dentro de las organizaciones clandestinas.

(Escobar, 1992). En esta línea, se está cuestionando el papel de los mismos en relación con el ámbito político. Además, tal y como se ha advertido, “los nuevos movimientos sociales son tanto una construcción política como una ficción” y es necesario partir de reconocer que “el eurocentrismo ha contaminado una gran parte de la literatura” (Gledhill, 1999: 294). A modo de ejemplo: contribuciones como los estudios de Escobar (1992 y 1995) o las investigaciones de Brosius (1999a y 1999b) han abierto nuevos campos y perspectivas sobre los movimientos sociales. Ambos han trabajado sobre la importancia de los discursos en contextos locales y advierten sobre la necesidad de poner en entredicho las prácticas de análisis y el propio concepto construido de movimiento social por parte de las ciencias sociales. En este sentido, Eder plantea una interesante cuestión que debería ir más allá de la retórica: “¿Cómo transformar el carácter evocador del concepto de movimiento social en otro analítico?” (1998: 337).

Pero no solo se observan limitaciones a las formulaciones anteriores, sino que al mismo tiempo se señalan diferentes novedades en cuanto al contexto y a las formas de acción colectiva. En esta línea, Ibarra y Tejerina (1998) apuntan que el nuevo marco para interpretar los movimientos sociales es la globalización. Para los autores, nos encontramos no solo con un deslizamiento de los focos de poder sino también con su invisibilidad: “asistimos a un progresivo desplazamiento de los centros de poder y su progresiva opacidad al transformarse en flujos, tanto de bienes como de información” (Ibarra y Tejerina, 1998: 9). Esta nueva situación habría provocado la aparición de nuevos movimientos y nuevas formas de actuar. Por un lado, la novedad vendría definida por sus contenidos reivindicativos. Su marcado carácter solidario le diferenciaría de los movimientos anteriores siendo el objetivo de su acción el beneficio de otros colectivos: “[las] nuevas formas emergentes de movimientos sociales actúan en el ámbito de la solidaridad con los sectores menos favorecidos o marginados de las sociedades occidentales, así como con los colectivos que se han visto impulsados a emigrar buscando mejorar su condición económica o su seguridad” (10). Por otro lado, lo novedoso llegaría dado por la forma en la que intentan alcanzar sus objetivos: frente al carácter antiinstitucional de otros movimientos sociales, las nuevas formas de acción colectiva se caracterizarían por su institucionalización. Desde esta perspectiva, estos movimientos se distanciarían de las formas clásicas de la acción colectiva y se parecerían más a instituciones sociales o políticas, definidas tradicionalmente como instituciones. Además, como los propios autores reconocen, “es importante no confundir este proceso de institucionalización de los movimientos sociales [...] con el proceso de institucionalización de cualquier movimiento social” (14). Es decir: hay que diferenciar entre los procesos normativos internos y los procesos de relación externos, siendo lo más significativo que estamos asistiendo a un proceso de institucionalización. Dicho proceso comenzaría desde la propia consolidación del movimiento, que arrancaría con una voluntad explícita de tomar como modelo las formas institucionales. Por tanto, “la institucionalización parcial de los movimientos sería, en síntesis, la característica dominante de estas nuevas formas de acción colectiva” (18).

Habría que añadir algunas matizaciones a estas supuestas novedades. En primer lugar, habría que andar con extrema cautela a la hora de otorgar a los contextos globales un papel explicativo por sí mismos. El valor tautológico que se esconde tras este tipo de enunciados delimita su alcance interpretativo. Además, el discurso de la globalización u otro tipo de fórmulas universalistas implica homogeneización y asimetría. Al decir esto no negamos la importancia de un contexto sociocultural global, sino que enfatizamos la relevancia de los contextos locales como campos de práctica social; o, lo que es lo mismo, proponemos rescatar la dimensión del lugar (Oslender, 2002). Asimismo, la aparición del fenómeno de la globalización no es un acontecimiento que haya irrumpido de repente en nuestras sociedades: más bien, es un conjunto de prácticas y discursos (ideológicos, históricos y político-económicos) que lleva fraguándose, desde al menos, tres décadas. Con todo, resta decir que, en los últimos años, los procesos asociados a la radicalización de la modernidad —la desterritorialización, la heterogeneidad y la homogeneización (Hernández, 2005)— junto con las mutaciones políticas, económicas y culturales, han provocado la proliferación de numerosos movimientos sociales. Las estrategias de resistencia frente a la globalización (económica, cultural, mediática, etc.) han sido visibles en la aparición de los movimientos antiglobalización que han dejado plasmados en sus eslóganes los retos a las construcciones hegemónicas imperialistas (“ustedes G-8, nosotros 6 millones”, “nuestro mundo no está en venta”).

En segundo lugar, la proliferación de movimientos y su heterogeneidad sigue siendo una de las características más notables de las últimas décadas. En estos años hemos asistido a la aparición de una gran variedad de movimientos, estrategias y objetivos que ha provocado verdaderos quebraderos de cabeza a los teóricos de la acción social al intentar establecer límites y tipologías. Desde nuestra perspectiva, no son ni mucho menos los movimientos de solidaridad los únicos que se han multiplicado en los últimos años y los que podríamos considerar como paradigma de una nueva etapa. Por poner solo un ejemplo, pensemos en movimientos, con amplias conexiones entre ellos y entre otros movimientos en los que confluyen algunos de sus aspectos reivindicativos; unos procesos llamados *de convergencia*, “mediante los cuales se interconectan las distintas entidades descentralizadas tanto a nivel de objetivos como en la forma de organización e intervención política” (Ariño, 1999: 153). Los movimientos antiglobalización o los movimientos en defensa del patrimonio son muestra de la aparición de “novísimos” movimientos en los que confluyen nuevos y viejos elementos (Romaní y Feixa, 2002) con una multiplicidad de estrategias.

Finalmente, en tercer lugar, existe un peligro encerrado en la formulación del llamado institucionalismo de los movimientos sociales; un riesgo que no solo se halla en la propia denotación derivada del término *institución*, asociado a estatismo, tradicionalismo y orden, sino también en el posible secuestro conceptual de la capacidad transformadora de los movimientos sociales. En cualquier caso, la institucionalización sería un recurso más dentro de los muchos de que disponen los movimientos; una estrategia que no es ni nueva ni única: en movimientos como el

ecologista o el feminista, considerados hoy clásicos, han tenido lugar grandes debates sobre la necesidad de o el rechazo a institucionalizarse.⁹ Quizá lo que supone novedad relativa es la existencia de un conjunto de colectivos que toma desde el primer momento la vía institucional,¹⁰ aunque existe un amplio conjunto de movimientos actuales que rechazaría dicha vía.

Este debate de la institucionalización nos interesa de una forma especial. En esa dirección, Eder (1998) reflexiona sobre la institucionalización de la acción colectiva y sobre el proceso de normalización de la teoría. Su argumentación apunta a que hoy en día asistimos a una etapa de normalización en la teoría de los movimientos sociales que habría comenzado con la aproximación de las perspectivas norteamericana/europea y con el desarrollo de contribuciones que han favorecido ese acercamiento: “El estado actual de la teoría de los movimientos sociales marca el fin de las viejas batallas, caracterizándose por un acuerdo paradigmático del análisis de los movimientos sociales como un campo normal de investigación social” (Eder, 1998: 342). Eder ha definido el periodo actual como de “moderación analítica”, que ha derivado o, mejor dicho, está derivando en dos nuevas perspectivas de análisis: la neoinstitucional y la constructivista.¹¹ No es extraño que considere estos dos enfoques como los más prometedores de la teoría actual: el desarrollo de ambas perspectivas está en consonancia con sus propias argumentaciones sobre los movimientos sociales.

De este planteamiento nos interesa, sobre todo, destacar algunas ideas que se alejan de las líneas más clásicas de interpretación. Para el autor los movimientos sociales están más moldeados por la realidad social que la realidad social modelada por ellos. Esta formulación tiene un especial valor ya que presupone —como se aclara en nota a pie de página— “la idea de que los movimientos se han convertido en una parte importante del orden” (338). Además, señala que “la evolución de la sociedad moderna ha cambiado el papel de los movimientos, ha creado espacios de acción social para movimientos que no existían anteriormente” (344). Dicha apreciación es interesante en la medida en que se explicita cómo se interviene en la construcción de los movimientos y cómo se diseñan espacios de intervención. Desde nuestro punto de vista, estas dos afirmaciones contienen implicaciones importantes.

9 Reflejo de esas discusiones son las divisiones establecidas entre medioambientalistas y ecologistas, o entre el feminismo de la igualdad y de la diferencia. Está de más decir que detrás de esta división hay algo más que una discusión sobre la institucionalización.

10 Las ONG son un ejemplo de ello; de hecho, muchos se refieren a ellas como “las mal llamadas ONG” porque son de todo menos *no gubernamentales*.

11 “Para clarificar estas dos nociones digamos que la perspectiva neo-institucionalista afirma que los movimientos son organizaciones que están ligadas mediante normas y reglas institucionales a otros actores colectivos en un complejo campo interorganizacional. La perspectiva constructivista afirma que los movimientos sociales son creados por los medios de comunicación y los discursos públicos y que sus temas y asuntos también se construyen en estos discursos” (Eder, 1998: 352).

Por un lado, los movimientos dejan de verse como desorden y se perciben no solo como portadores de orden sino como potenciales configuradores de orden (con lo que se produce una importante inversión, pues habríamos pasado, en 40 años, de tratarlos como desórdenes a considerarlos como orden); por otro lado, la sociedad les conferiría tanto un espacio de actuación como unos límites para su contención. Ambas premisas están en relación directa con la idea de institucionalización.

Eder converge con los planteamientos de Ibarra y Tejerina en la consideración del carácter institucional de las nuevas formas de acción colectiva, aunque su argumentación gira en otro sentido. Para él, no solo se está produciendo una integración en las instituciones políticas y sociales, sino que este hecho fuerza a un cambio del propio sistema institucional. Estaríamos asistiendo por tanto al surgimiento de un nuevo orden institucional. Los movimientos sociales crearían instituciones de tipo discursivo incorporando “un nuevo mecanismo institucional que desplaza a los viejos que han sido institucionalizados en las instituciones tradicionales” (357). Por tanto, no solo se trata de observar la existencia de una nueva estrategia por parte de los movimientos sociales sino que esta se produce en un contexto de transformación más amplio que afecta a todas las instituciones (orden poscorporativista) en un complejo campo interorganizacional. De todas formas, no deja de ser curioso que Eder añada estas palabras: “la institucionalización no necesariamente implica el fin de los movimientos sociales, significa la estabilización de una organización de movimiento social como una institución” (357); allí se reconoce el peligro que encierra la formulación de la institucionalización, que privaría a los movimientos de su carácter dinámico, aunque añade que “en la medida en la que esta institución contradice la lógica de las instituciones de los sistemas políticos modernos, los movimientos sociales son capaces de convertirse en un factor permanente y dinamizador de la vida social” (357).

Una propuesta de análisis: la proliferación de los “salvemos...”

Después del breve repaso realizado a los paradigmas que se han ocupado de los movimientos sociales y del debate iniciado en los últimos años, queremos detenernos en un tipo de movimiento que, hoy en día, ha tomado especial fuerza: los movimientos —como los que surgen bajo el muy significativo lema de “salvemos...”— donde confluyen numerosas reivindicaciones —la defensa de lo propio, la búsqueda de identidad, etc.— que se escapan a las rígidas clasificaciones teóricas. Y decimos que escapan porque en ellos es posible ver la mezcla y heterogeneidad de estrategias, de organización, de formas de resistencia, de participantes, etc. Para ello planteamos un estudio de caso en la ciudad de Valencia (España) con el objeto de contextualizar los retos que plantean las nuevas formas de movimientos sociales —caracterizadas por su proliferación y su heterogeneidad— y la necesidad de revitalizar un debate que vaya más allá de la normalización e institucionalización formulada y de los esquemas preestablecidos de acción.

Partiremos considerando que el peligro de la homogeneización provocado por la globalización, el riesgo de la desmemoria y la pérdida de referentes, y la degradación ecológica por un insostenible modelo de crecimiento, han activado numerosos movimientos sociales. En el caso concreto de la ciudad de Valencia (España), el desarrollo desordenado de la metrópoli se ha visto acompañado de un crecimiento urbanizador que afecta toda su periferia y, por extensión, todo el territorio valenciano (Bono y García, 2006). En este sentido, como señala Sorribes (2006), desde 1998 estamos asistiendo a un virulento “boom inmobiliario” que se traduce en la proliferación de planes urbanísticos. En este contexto, la degradación —cada vez mayor— política, económica y ecológica ha generado una respuesta social articulada, en muchos casos, sobre lo que se ha venido definiendo como *asociacionismo de defensa del patrimonio o nuevos movimientos asociativos*.

Así, desde los últimos años asistimos a la multiplicación de movimientos que, bajo el título retórico y elocuente “salvar a”, responden a modelos insostenibles de planificación del territorio.¹² Durante los últimos años, es fácil distinguir en la ciudad de Valencia, como muestra del fenómeno, numerosos movimientos surgidos como respuesta a los conflictos originados por la política urbanística municipal.¹³ En un repaso rápido y no exhaustivo encontramos, entre otros, a *Salvem*¹⁴ El Pouet (1996), *Salvem La Punta* (1997), *Salvem el Cabanyal-Canyamelar* (1998), *Salvem Benicalap* (2000), *Salvem l’Horta Vera-Alboraia* (2006), etc. En este sentido, como señalan algunos autores, es necesario tener presente para su análisis que “los salvemos no son un accidente, sino la expresión pública de una herida estructural” (Bono y García, 2006: 18; la traducción es nuestra).¹⁵

En la ciudad de Valencia las plataformas surgidas responderían básicamente a tres modelos: estarían los movimientos, por un lado, de defensa de un barrio histórico (*Salvem el barri de Velluters* [1999] o *Salvem El Carmen* [2001]); por otro, los de protección de un edificio o espacio (*Salvem el Botànic* [1995] o *Salvem Tabacalera*

12 Cuando los hay, porque uno sospecha al final que lo que no hay es modelo —calificado como se quiera— de territorio.

13 No es raro encontrar bibliografía que los tacha no solo de *radicales* sino de *nostálgicos* (¿tradicionalistas? ¿antimodernos?), pero la descartamos por cuanto contiene expresamente un contenido ideológico que, lejos de proponer un análisis del fenómeno, parece surgida para desacreditar y desactivar las nuevas formas reivindicativas.

14 *Salvem* es un término valenciano; la traducción al castellano sería “salvemos”.

15 Con todo, los *Salvem* no son los únicos que expresan esa herida estructural. El grado de amenaza ocasionada por los nuevos proyectos que se quieren desarrollar en el frente litoral de Valencia ha hecho que la propia Federación de Vecinos exprese su preocupación: “La proliferación de grandes proyectos en el distrito marítimo y otras zonas del litoral de Valencia ha obligado a la Federación de Vecinos a crear una comisión específica para evaluar estas iniciativas públicas, redactar las alegaciones necesarias y poner voz vecinal a las inversiones que llegarán en unos años” (*Las Provincias*, 9 de octubre de 2006).

[2006]); y por último, aquellos que aparecen en barrios que fueron anexionados a Valencia y que todavía mantienen una idiosincrasia propia, y que hoy están amenazados (Salvem Russafa [1998] o Salvem l'horta de Benimaclet [1999]) (Sorribes, 2006; Cucó, 2007).¹⁶

Tomemos como ejemplo de aproximación la plataforma de Salvem el Cabanyal-Canyamelar. Dicho movimiento representa bien el último modelo al que nos hemos referido. La plataforma se constituye en abril de 1998 como respuesta a la amenaza que supone la prolongación de la Avenida Blasco Ibáñez¹⁷ a través del Cabanyal.¹⁸ En la misma se contempla la destrucción de 1.651 viviendas, lo que supone no solo la ruptura de la trama urbana del barrio sino la expulsión y el desarraigo de numerosos vecinos, además de destruir numerosos edificios protegidos o emblemáticos de la identidad del Canyameral-Cabanyal como la Lonja de Pescadores. La plataforma se forma a partir de distintas entidades: vecinos, comerciantes, los partidos políticos en la oposición y entidades culturales. Desde su activación sus miembros se reúnen una vez a la semana y cuentan entre sus recursos con una amplia página web¹⁹ que contiene numerosa información sobre el barrio y las actividades que desarrollan. La plataforma tiene además numerosos apoyos políticos, académicos y sociales, locales, nacionales e internacionales. Como señala Gómez Ferri, “el éxito de este asociacionismo se basa en una compleja actuación, donde se mezcla la movilización social, la difusión de información, la actuación política y jurídica, y la investigación y conservación culturales” (2005: 10).

Al igual que el resto de los movimientos, los Salvem se caracterizan por llevar a cabo lo que podríamos denominar, por un lado, reivindicaciones clásicas, como las iniciativas judiciales y administrativas; por otro, nuevas formas reivindicativas, diferentes modos de actuar caracterizados por la creatividad y la imaginación y por su alto contenido

16 Para un análisis de los Salvem en el territorio valenciano se puede acudir, entre otros, a los estudios de Gómez Ferri (2004 y 2005), Albert (2005), González Collantes (2006) y Cucó (2007).

17 El Plan General de Ordenación Urbana de Valencia (1988) contemplaba prolongar la Avenida Blasco Ibáñez hasta el mar a través del barrio del Cabanyal (el trazado de dicha avenida muere actualmente en el comienzo del barrio). El Plan no solo ha representado la amenaza de la división del barrio en dos sino también el inicio de la degradación y decadencia del mismo. Los primeros años del siglo XXI han traído al barrio la degradación del paisaje urbano como “normalidad” y desplazamiento de sus habitantes a través de políticas represivas que generan su expulsión “natural” (proceso de gentrificación).

18 El barrio del Cabanyal-Canyamelar forma hoy parte de los Poblados Marítimos de la ciudad de Valencia. Su particular historia, ubicación geográfica y características sociológicas han hecho que, durante un largo periodo, el barrio haya quedado al margen, o haya sido marginado, de los avatares de la ciudad. Hoy el Cabanyal se ubica en el eje neurálgico de los proyectos urbanísticos de la ciudad de Valencia, y este hecho le ha convertido en una especie de nuevo “Dorado” inmobiliario. Los intereses político-económicos parecen haber desahuciado al barrio.

19 La mayoría de las plataformas cuenta con una página web, y la de Salvem el Cabanyal es una de las más completas.

simbólico. Respecto a la primera, Salvem el Cabanyal, junto con otras asociaciones, ha interpuesto recursos y revisiones de sentencias. Gracias a estas actuaciones se ha paralizado momentáneamente el proyecto, aunque los derribos, la compra de viviendas por las instancias municipales y la degradación del barrio son cada día mayores.

En cuanto a la segunda, la plataforma ha desarrollado, entre otras, una iniciativa especialmente interesante: las jornadas de *Portes Obertes*. La actividad se plantea como una forma de protesta y denuncia a través del arte, con el doble objetivo de dar a conocer la situación del barrio (mediatizada por el discurso hegemónico de los medios de comunicación) y hacer a los vecinos protagonistas de la misma (favoreciendo su participación y fortaleciendo su identidad). En estos años, la asociación ha promovido ocho ediciones de *Portes Obertes*. Lo interesante de *Portes Obertes* es que en ellas se recupera el espacio doméstico como espacio público, subrayándose la colectividad frente a la individualidad. La calle y la casa se convierten en ejes de la propuesta, de tal manera que la identidad del Cabanyal se refuerza al recuperar los espacios de sociabilidad tradicionales del barrio. Las casas abiertas, el tránsito de los vecinos y la ocupación de la calle han sido características de la trama social del Cabanyal. De hecho, mientras que los de la ciudad vivían en Valencia, los del Cabanyal eran del Cabanyal. Además, la propuesta se complementa, con el objetivo de resultar más atractiva, con la participación de distintos artistas que convierten las viviendas en doubles museos abiertos: la casa en sí misma y las obras que se exhiben son objetos de contemplación. Continente y contenido se refuerzan.

El prestigio y notoriedad de las jornadas ha sido patente en las distintas convocatorias, con una afluencia cada vez mayor de público. El éxito de la estrategia de *Portes Obertes* ha sido saber conjugar tres aspectos fundamentales: en primer lugar, ha servido como comunicación efectiva y directa del estado del barrio, contribuyendo con ello a denunciar la situación; en segundo lugar, ha permitido dar a conocer los valores patrimoniales, materiales e inmateriales, que contiene el Cabanyal (arquitectura popular, trama urbana, tradiciones, etcétera); y, en tercer lugar, ha ayudado como elemento de recuperación de la autoestima y cohesión identitaria de barrio (muy dañada por la política de abandono y deterioro).

Salvem el Cabanyal representa bien, por un lado, los procesos abiertos de resistencia y denuncia que generan los discursos y prácticas dominantes (cada vez más abusivos con la ola neoliberal) y, por otro, la respuesta ciudadana, articulada en una plataforma como un lugar privilegiado para el diálogo y como un espacio para crear alternativas. En definitiva, los Salvem representan la pluralidad como marco analítico de lo posible, ofreciéndonos otros escenarios y otras realidades factibles que se alegan de lo normativo y lo homogéneo.

Conclusiones

Antes de cerrar esta breve aproximación al desarrollo de los diferentes paradigmas sobre los movimientos sociales nos gustaría volver a subrayar tres consideraciones

ya apuntadas pero fundamentales. En primer lugar, como ya señalábamos, es necesario tener presente que ha existido un claro imperialismo cognitivo a la hora de interpretar los movimientos sociales. Resta decir que dicha consideración se impone en casi todos los ámbitos interpretativos. La visión eurocéntrica o la primacía de la perspectiva “occidentalista” ha condicionado la propia evolución de la teoría sobre la acción social. Lejos de corregirse esta desigualdad, el nuevo imperialismo, disfrazado esta vez de globalización (Petras y Veltmeyer, 2002), agudiza este desequilibrio en todas las esferas (García Canclini, 2001; Appadurai, 2001; Hernández, 2005; Santamarina, 2006).

En segundo lugar, no debe olvidarse que cualquier selección o clasificación siempre es arbitraria. En este sentido, volvemos a insistir en que no está de más preguntarse quién define qué, cómo se formulan las clasificaciones sobre la movilización social y qué sujetos priman o intervienen en la definición de esas representaciones (actores, teóricos, políticos). Desde nuestro punto de vista, asistimos a una desigualdad como la señalada más arriba y, de hecho, íntimamente interrelacionada con ella, que provoca la generación de discursos asimétricos. La multitud de voces que conforman la polifonía de lo social a menudo queda silenciada por la voluntad de homogeneizar o estandarizar los procesos y, lo que es más peligroso, no solo se silencian voces sino que se tornan invisibles multitud de lugares.

Por último, una nueva mención a la heterogeneidad y variedad de movimientos aparecidos recientemente. En los últimos años, como hemos señalado, los procesos asociados a la radicalización de la modernidad han provocado la proliferación de numerosos movimientos sociales. El ejemplo de análisis introducido sobre Salvem el Cabanyal nos muestra la precaución ante las tipificaciones clásicas y poco flexibles en las teorías elaboradas sobre los movimientos sociales. Cabe esperar que la entrada en escena de nuevos agentes, la multidisciplinariedad y el intercambio de experiencias con espacios culturales antes negados, la propia demanda de democratización del enunciado de movimiento social y el reconocimiento de su complejidad abra las puertas a múltiples encuentros que enriquezcan su visión y comprensión.

Con todo, las investigaciones sobre los movimientos sociales nos abren la posibilidad de acercarnos a los procesos más dinámicos de lo social y a los procesos de resistencia que generan los discursos dominantes. Más allá de las disputas conceptuales, interesa recuperar el escenario de los movimientos sociales en el presente como un lugar privilegiado para el diálogo y como un espacio para la re-creación. Es preciso destacar que la perspectiva de los movimientos sociales nos traslada al escenario de la definición de la realidad, a la esfera de la (re)producción de sentidos y a la pluralidad como marco analítico de lo posible. Tal y como ha señalado Castells, las propias contradicciones del nuevo capitalismo (neoliberalismo) llegan a percibirse como imposibles: “la movilización reacciona contra la impotencia y los procesos alternativos desafían a la lógica imbuida en el nuevo orden global, que en todo el planeta se percibe cada vez más como un desorden” (1998: 92). El mundo se nos muestra desordenado. Y quizá

los márgenes de (re)producción de lo social nos permiten atisbar el riesgo de otros mundos (sin) sentidos, puesto que “todo movimiento social supone que los hombres dejan de jugar al juego, que denuncian el juego como una superchería, que se niegan a definirse por el lugar que ocupan en el sistema, que se sitúan fuera del sistema y se vergüen contra el mismo” (Touraine, 1974: 253).

Bibliografía

- Albert, M (2005). “El patrimonio cultural y la sociedad civil” En: Hernández, G., Santamarina, B., Moncusi, A. y Albert, M. (2005). *La memoria construida. Patrimonio cultural y modernidad*. Tirant lo Blanch, Valencia. pp. 193-224.
- Appadurai, Arjun (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. F. C. E., Buenos Aires.
- Ariño, Antonio (dir.) (1999). *La rosa de las solidaridades. Necesidades sociales y voluntariado en la comunidad valenciana*. Fundación Bancaja, Valencia.
- Bono, Emerit y García, Ernest (2006). “La societat valenciana i el seu medi ambient”. En: VV. AA. *Del Territori Valencià*. Escola Valenciana-Federació d’Associacions per la Llengua, Valencia, pp. 11-26.
- Brosius, Peter (1999a). “Green Dots, Pink Hearts: Displacing Politics from the Malaysian Rain Forest”. En: *American Anthropologist*, Vol. 101, N.º 1, pp. 36-57.
- _____ (1999b). “Anthropological engagements with environmentalism”. En: *Current Anthropology*, Vol. 40, N.º 3, pp. 277-309.
- Castells, Manuel (1998). *La Era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*. Alianza, Madrid, Vol. II.
- Cucó, Josepa (2007). “Urbanización y revuelta. Aproximación al caso de la ciudad de Valencia”. Inédito.
- Dalton, Russell y Kuchler, Manfred (eds.) (1992). *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Alfons El Magnànim, Valencia.
- Della Porta, Donatella (1998). “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas”. En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, pp. 62-92.
- _____ (1996). “Social movements and the state: Thoughts on the policing of protest”. En: McAdam, D.; McCarthy, J. y Zald, M. (eds.). *Comparative Perspectives on Social Movements*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Edelman, Marc (2001). “Social movements: Changing Paradigms and Forms of Politics”. En: *Annual Review of Anthropology*, Vol. 30, pp. 285-317.
- Éder, Klaus (1998). “La institucionalización de la acción colectiva. ¿Hacia una nueva problemática teórica en el análisis de los movimientos sociales?” En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, pp. 337-361.
- Escobar, Arturo (1995). *The Making and Unmaking of the third world*. Princeton University Press, Princeton.
- _____ (1992). “Culture, Practice and Politics. Anthropology and the Study of Social Movements”. En: *Critique of Anthropology*, Vol. 12, N.º14, pp. 395-432.

- Eyerman, Ron (1998). "La praxis cultural de los movimientos sociales". En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, pp. 139-164.
- Ferree, Myra (1994). "El contexto político de la racionalidad: las teorías de la elección racional y la movilización de los recursos". En: Laraña, E. y Gusfield, J. (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid, pp. 151-182.
- Flacks, Richard (1994). "The Party is Over; ¿Qué hacer ante la crisis de los partidos políticos?". En: Laraña, E. y Gusfield, J. (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid, pp. 443-466.
- Foweraker, Joe (1995). *Theorizing social movements*. Pluto Press, Londres.
- García Canelini, Néstor (2001). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Paidós, Barcelona.
- Gledhill, John (1999). *El poder y sus disfraces*. Bellaterra, Barcelona.
- Gómez Ferri, Javier (2005). "Los movimientos ciudadanos de defensa y activación del patrimonio en Valencia: los casos del barrio del Cabanyal y la ILP per l'Horta". En: VV. AA. *Experiencias sociales innovadoras y participativas. El Rincón + 10*. Mundoprint, Valencia, pp. 157-208.
- _____. (2004). "Del patrimonio a la identidad. La sociedad civil como activadora patrimonial en la ciudad de Valencia". En: *Gazeta de Antropología*, N.º 20. [En línea] http://www.ugr.es/~pwlac/G20_09Javier_Gomez_Ferri.html, consulta: 10 de febrero de 2008.
- González Collantes, Carla (2006). *Moviments socials i defensa del patrimoni a la ciutat de València: el cas dels 'Salvem'*. Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Valencia, Valencia. Inédito.
- Hernández, Gil Manuel (2005). *La condición global. Hacia una sociología de la globalización*. Germania, Valencia.
- Hunt, Scout; Benford, Robert y Snow, David (1994). "Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos". En: Laraña, E. y Gusfield, J. (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid, pp. 221-252.
- Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (ed.) (1998). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid.
- Jenkins, J. Craig (1994). "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales". En: *Zona Abierta*, N.º 69, pp. 5-49.
- Klandermans, Bert (1992). "La unión de lo 'viejo' con lo 'nuevo': El entramado de los movimientos sociales en los Países Bajos". En: Dalton, Russell y Küchler, Manfred (eds.). *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Alfons El Magnànim, Valencia, pp. 173-192.
- _____. (1994). "La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos". En: Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid, pp. 183-220.
- Klandermans, Bert y Goslinga, Sjoerd (1996). "Media discourse, movement publicity, and the generation of collective action frames: Theoretical and empirical exercises in meaning construction". En: McAdam, Doug; McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (eds.). *Comparative Perspectives on Social Movements*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 312-337.
- Laraña, Enrique (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Alianza, Madrid.
- Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.) (1994). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid.
- McAdam, Doug (1994). "Cultura y movimientos sociales". En: Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (eds.). *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid, pp. 43-68.

- McAdam, Doug; McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (1996a). "Introduction: Opportunities, Mobilizing Structures, and Framing Processes—Toward a Synthetic, Comparative Perspective on Social Movements." En: McAdam, Doug, McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (eds.). *Comparative Perspectives on Social Movements*. Cambridge University Press, Cambridge pp. 1-20.
- McAdam, Doug; McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (eds.) (1996b). *Comparative Perspectives on Social Movements*. Cambridge University Press, Cambridge
- Mees, L. (1998). "¿Vino viejo en odres nuevos? Continuidades y discontinuidades en la historia de los movimientos sociales". En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, pp. 291-230.
- Melucci, Alberto (1994). "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales". En: *Zona Abierta*, N.º 69, pp. 153-180.
- _____ (1982). *L'invenzione del presente. Movimenti, identità, bisogni individuali*. Il Mulino, Bolonia.
- Offe, Claus (1992). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Sistema, Madrid.
- Oslender, Ulrich (2002). "Espacio, lugar y movimientos sociales. Hacia una especialidad de resistencia". En: *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, N.º 6, pp. 105-132.
- Pérez Ledesma, Manuel (1994). "Cuando lleguen los días de cólera. Movimientos sociales: teoría e historia". En: VV. AA. *Problemas actuales de la historia*. Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 136-159.
- Petras, James y Veltmeyer, Henry (2002). *El imperialismo en el siglo XXI. La globalización desmascarada*. Popular, Madrid.
- Revilla, Marisa (1994a). *Modelos teóricos contemporáneos de aproximación al fenómeno de los movimientos sociales* (Documento de trabajo 94-09). I. E. S. A., Madrid.
- _____ (comp.) (1994b). *Movimientos sociales, acción e identidad*. Número monográfico de *Zona Abierta*, N.º 69.
- Riechmann, Jorge y Fernández Buey, Fernando (1994). *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Paidós, Barcelona.
- Rivas, Antonio (1998). "El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales". En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, pp. 181-218.
- Romaní, Oriol y Feixa, Carles (2002). "De Seattle 1999 a Barcelona 2002. Moviments socials, resintències globals". En: *Revista d'etnologia de Catalunya*, N.º 21, pp. 72-96.
- Santamarina, Beatriz (2006). *Ecología y poder. El discurso medioambiental como mercancía*. Catarata, Madrid.
- Sorribes, Joseph (2006). "Els vertaders costos del 'boom' immobiliari". En: *L'Espill*, N.º 23, pp. 75-84.
- Tarrow, Sidney (1992). "El fantasma de la ópera: Partidos políticos y movimientos sociales de los años 60 y 70 en Italia". En: Dalton, Russell y Küchler, Manfred (eds.). *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Alfons El Magnànim, Valencia, pp 341-369.
- _____ (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza, Madrid.
- Tejerina, Benjamín (1998). "Los movimientos sociales y la acción colectiva". En: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (eds.). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, pp. 111-139.
- Touraine, Alain (1974). *Introducción a la sociología*. Ariel, Barcelona.
- _____ (1969). *Sociología de la acción*. Ariel, Barcelona.